

7

ZOZAYA

LA

DICTADORA

PQ6647  
.08  
D5  
1902

R C.



1020028102



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

LA DICTADORA

---

## OBRAS DEL AUTOR

	<u>PTAS.</u>
LA CRISIS RELIGIOSA. . . . .	0'75
LA CONTRADICCIÓN POLÍTICA. . . . .	0'75
MISCELÁNEA LITERARIA. . . . .	1'50
INSTANTÁNEAS. . . . .	0'50
RIPIOS CLÁSICOS. . . . .	2'00
DE CARNE Y HUESO. . . . .	0'50
CRÓNICAS DEL AÑO UNO . . . . .	2'00
LA DICTADORA. (BIBLIOTECA DE NOVELIS- TAS DEL SIGLO XX. Vol. III.) . . . . .	3'00
BIBLIOTECA ECONÓMICA FILOSÓFICA.— 69 volúmenes á 0'75. . . . .	51'75

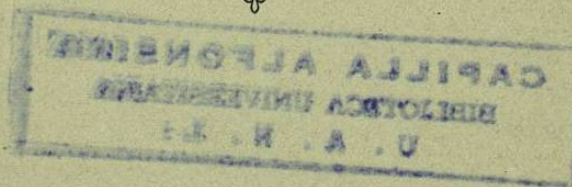
Se hallan de venta en las principales librerías.

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS DEL SIGLO XX

ANTONIO ZOZAYA



# LA DICTADORA



BARCELONA — 1902

IMPRESA DE HENRICH Y C<sup>^</sup>A — EDITORES  
Calle de Córcega

101236

31565

C  
860  
Z

PQ 6647  
.08  
D5  
1902



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSO X  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

3122

10153

A mi entrañable  
amigo

Santiago Valenti Camp

## PRÓLOGO

« Tomaremos té junto al fuego ». La invitación, más que tentadora, era irresistible. Pasar la velada junto á una mujer hermosa, que sujeta con sus dedos de nácar una taza de Sèvres, llena de aromas tibios; contemplar medio reclinado en el aterciopelado sillón, la llama que oscila y lame los troncos con besos destructores; mirar cómo se derrumban los encendidos castilletes de ascuas, desatándose en haces de chispas; agitar aquel fuego, observar sus infinitas variantes y, cuando ya parece extinguirse y torna la sensación de frío, lanzar sobre la lumbre un nuevo tronco y sobre la mujer una mirada más. Todo eso es muy bello. No he podido resistir la tentación y he acudido á la cita.

He entrado. La alfombra era blanda, como un húmedo prado de césped; la habitación lujosa, ca-

liente, llena de porcelanas *modern style*, perfumada por plantas exóticas, como el invernáculo de un nabab; su dueña esbelta, con majestades de soberana, haciendo crujir su falda de seda con esos rumores sensuales, que los franceses llaman *frou-frouantes*, como ecos de cartulina Bristol que se rasga. El piano abierto, con su dentadura fantástica, como para devorar armonías, alumbrado por bujías eléctricas de globos cristalinos, velados por pequeñas pantallas, que imitan tulipanes golcóndeos, de reflejos rosáceos y opalinos. Después el sillón: *mi sillón*, ancho como un sitial románico, pero bajito, coquetón, forrado de terciopelos y brocateles, como refugio de mujer elegante y melancólica. Me he sentido feliz. A mi derecha el velador con los humeantes cacharruelos, que muestran en relieve ventrudos mandarines y coquetas y rientes chinitas, de curvas flexibles, ojuelos en ángulo y tacones de tamaño del corazón. Sobre mi cabeza, el artesonado conventual, pero más ligero, más atractante, con sus flores y hojarascas de roble y sus gallardos cincelados áureos; á mi izquierda, el alma de la estancia, semejante en lo fastuosa á un vivo templo y en lo grata y apacible á una perfumada y movable cuna. La mujer, el eterno femenino, riendo con su boca bien oliente, con su cabello que recuerda el casco lujurioso de la guerrera de Mallarmé, su mirada escrutadora, incisiva y sus orejas pequeñitas y blancas destilando zafiro

de nubes empapadas en luminosos mares y ópalos de nieve preñados de fuego.

El programa estaba cumplido. Pero, de pronto, he sentido el vacío de algo muy grande y muy amado y he girado la vista, como Dante, al no hallar en el Cielo á Beatriz. Y el fuego ¿en dónde estaba? ¿No habría en aquella sinagoga, algo que brillase y ardiese, algo que se derrumbase y volviese cenizas? En aquel microcosmos de juventud, de gracia y de riqueza, ¿no habría pues vida? ¿Todo estaría muerto, como en el palacio legendario de los encantos?

Mi adorable amiga ha adivinado mi estupor y, sonriendo más, ha señalado, con su dedito afilado y ebúrneo, un horrible armatoste cerrado, sin reflejos ígneos, sin aureolas encendidas. Solamente un pedazo de talco rojizo imitaba á la lumbre, como á la estrella el gusano de luz. La electricidad serpeaba allí dentro. El fuego era aquél; pero despojado de su diadema de amapolas y espigas, condensando el alma de un mundo novísimo y helado que, en fuerza de ser sabio, va dejando de ser hermoso.

— ¿Qué tal? — ha preguntado la maga. — Parece, señor filósofo, que se ha quedado usted algo yerto. ¿No es grande, no es propio de nuestro siglo esclavizar las fuerzas de la Naturaleza? ¿No es hermoso sujetar el calor y el fuego, regular sus más pequeños efectos, encenderle, graduarle y ex-



tinguirle, si es preciso, con sólo oprimir un botón de nácar?

Y, diciendo y haciendo, ha tocado un botón medio oculto entre los cortinajes y el talco ha obscurecido su rojiza mirada. El calor ha cesado. En el centro del aparato la energía ha dejado de palpar. Me ha parecido entonces el armatoste más negro, más muerto que nunca. No he podido disimular mi agitación.

— No — he contestado. — El fuego es bello, como el mar, porque es libre. La llamarada, como la ola, es grande, porque no obedece á mandato alguno. Es la energía dueña de sí misma; es la vida con sus sorpresas, sus cambios, sus triunfos, sus desfallecimientos y sus protestas arrogantes. Pero sujetemos el mar á un ritmo y no tendrá grandeza; busquémosle una tonalidad y perderá su acento de rey. Hemos quitado al fuego su albedrío y miradle: está muerto. Ya no ruje, ya no palpita, ya no destruye; pero ya no nos dice nada; su estrofa ya no vibra, su luz ya no deleita. Ya no nos habla del pasado, ni evoca el porvenir; ya es mudo, taciturno y despreciable, porque es esclavo.

— Amigo mío — ha replicado mi interlocutora, oprimiendo de nuevo el botón y encendiendo las entrañas del aparato informe: — todo eso es muy lindo y yo no sé contestar á usted. Pero me parece que hay en ello más artificio que verdad. ¿No nos

habremos enamorado de lo exterior, de lo vano, de lo formal, de lo consagrado por la rutina? Si estuviera aquí un sabio como Echeagaray, él le diría á usted que toda esa transformación y lucha de la naturaleza está ahí dentro. Que la desintegración é integración de las fuerzas se realiza, lo mismo en el dinamo y el alambre que en el trozo de roble encendido ó en el sarmiento que se retuerce bajo la gran campana del hogar rústico. Lo que hay es que nada de eso apreciamos, porque escapa á nuestra perspicacia, porque el mundo de lo pequeño se nos huye. En el seno de ese, que llama usted armatoste, porque ha roto en él el artista los moldes clásicos, hay poesía y luz y calor y evolución y vida. Sólo que no es vida de otro tiempo, porque lo pasado no vuelve. Y, ahora, tome usted el té, que se enfría.

He bebido la olorosa tisana. Un calor suave, confortador, se ha esparcido por todas mis venas.

— Es usted una mujer muy discreta, Octavia. — me he atrevido á decir. — Así, voy á conceder á usted que hay belleza en las reconditeces de esa máquina. Pero ¿de qué nos sirve si no la vemos? ¡Pobre magnificencia aquella que no puede recrear nuestros ojos! ¡Desdichada belleza la que nunca podremos ver! Friné no hubiera convencido á sus jueces á haber conservado su túnica. La belleza supone su percepción. Es doble: está en la realidad y en nosotros; en el mundo y en el espíritu.

Ni hay matiz para el ciego, ni melodía para quien no sabe ó no puede escucharle. ¡Donoso consuelo, peregrina belleza la de un concierto que no se escucha y la de un lienzo que no se ve!

Mi bella enemiga ha lanzado una carcajada. — ¡Pero si la idealidad — ha dicho — es eso! Algo que se presiente, pero que no se ve jamás. Es el Empíreo que nunca vimos, el Jehovah que jamás se mostró á nosotros; lo que hay más allá de nuestros sentidos, lo que se oculta á nuestras miradas. Lo que nos deleita con la más intensa sublimidad, es el cielo azul, que *ni es azul, ni es cielo*, es tan sólo el enigma; lo que nos absorbe en el mar es aquella línea tras de la cual el misterio se oculta, la exuberancia y magnificencia de un mundo ignoto y fantástico que imaginamos en su fondo; las costas que no abordaremos, las islas de corales que no habremos de visitar. La belleza no resiste el análisis. Adore usted una sonrosada mejilla, pero ¡por Dios! no la examine usted al microscopio, si no quiere sentir el horror que, al mirar las de la soberana gigante sentía Gulliver. Verlo todo. ¡Pero si esa es el ansia de Satán! Belleza analizada es belleza perdida. El arte es el misterio. No rasguemos sus nieblas, si queremos que permanezca en nuestra copa una gota del bálsamo que hizo á Salomón venturoso é inmortal á la reina de Saba.

Estaba encantadora: sus mejillas tomaban los

tintes de la adelfa roja, sus ojos fulguraban negros y rasgados. La he mirado y he experimentado una sensación indecible. He visto con ansia deleitosa entreabrirse su boca bermeja. Mi mano ha oprimido su mano.

\* \* \*

Un sirviente ha entrado en aquel momento á anunciar al *señor Barón*.

He experimentado una nueva contrariedad. Es el señor Barón un ente vulgar, correcto, grave, estirado, severo en sus costumbres de noble cincuentón. No hace ni dice cosa censurable, pero parece obedecer á un resorte mecánico, como el fuego del calefaccionador. Para todo tiene una norma, una regla inflexible. Es un hombre cuya personalidad se ha disuelto en un acidulado baño de tópicos vulgares y de maneras exquisitas.

Enterado de nuestra polémica, ha querido ¡extraño suceso! defender mi causa.

— El fuego, como el hombre — ha pronunciado en tono sentencioso, — es sólo estimable cuando es libre. Suprimida la espontaneidad en el fuego carece éste de todo atractivo, como suprimida la libertad en el hombre, deja de ser responsable. Si esto fuera, ¿á dónde iríamos á parar?

Después ha permanecido pensativo, como si re-

corriese con la imaginación el inexplorado campo de las contingencias posibles.

Octavia ha sonreído con cierta amargura y luego ha dicho irónicamente:

— Me parece, señor Barón, que confía usted demasiado en el libre albedrío. Yo, bien al contrario, estimo que, en nuestras acciones, toca á la propia determinación y libertad una pequeñísima parte. La herencia, el medio, el hábito y, sobre todo, ese no sé qué, que se llama instinto, dejan á la espontaneidad muy estrecho campo; y, aun á veces, son invencibles.

— Veo que es usted darwiniana — ha dicho el Barón, sin poder ocultar su desdén; — y, á más, determinista.

— No. Creo firmemente en la eficacia de las *ideas fuerzas*; pero sólo para modificar lentamente las energías que nos solicitan, discrecionarlas y aun anularlas con el tiempo. En cuanto á que podemos hacer lo que nos parece en un momento dado, opino que es esta una bella ilusión vanidosa de... ¿de cómo lo diré? De nuestro *antropomorfismo*.

El lenguaje de Octavia no podía extrañarnos ni al Barón ni á mí. Sabíamos que es una mujer de más que extraordinario talento, unido á cultura asombrosa. Lo más notable en esta mujer excepcional es la encantadora sencillez con que, sin vanos alardes, sin énfasis ni fatuidades des-

plega un saber y una reflexión de todo punto inesperados.

— Mire usted, Barón — ha continuado, mientras yo la miraba absorto. — Si esas figuras de los jarrones pudieran hablar, dirían que estaban ahí, no por voluntad del orfevre, sino por propia y libre determinación. Si esas chinitas de las tazas de té ó esas flores de los cortinajes tuvieran conciencia, creerían muy lindamente que no habían sido el artista cerámico ni el tejedor quienes les obligaban á fingir danzas ó á entreabrir pétalos. Supondrían que todo lo hacían en uso de su libre albedrío. Se ha dicho que es esa la ilusión que debe forjarse la piedra al rodar desde las altas cumbres al fondo de los abismos, en virtud de la ley de la gravedad.

— Pero los seres vivos... — he dicho confuso. — Sobre todo, los seres humanos, obramos siempre por propio impulso, en vista de la ley moral, en el ejercicio de nuestra voluntad libre y autónoma...

Nos ha interrumpido Cesarina, un dije vivo de siete años; una niña angelical, rubia, sonrosada, de ojos enormes, que entraba á despedirse de su madre antes de ir á acostarse. Se ha dejado acariciar por el Barón; yo he estampado mis labios sobre su frente casta. Luego el querubín ha corrido hacia Octavia que la ha estrechado contra su corazón y ha cubierto de ósculos su níveo semblante.

— Vé, hija mía, vé — ha dicho con cariño. — Señores — ha continuado volviéndose á nosotros con gracioso ademán; — despidan á Cesarina que, en uso *de su voluntad libérrima* y de su independiente albedrío, va á acostarse ahora mismo.

Ambos nos hemos puesto de pie para ver pasar á aquella emperatriz sonrosada. Cesarina ha sonreído con dignidad y ha desaparecido tras de los cortinajes.

— ¡Ah! — ha dicho Octavia, enjugando sus ojos. — Vean ustedes aquí algo también que no sé si puede ser dominado nunca. El instinto de madre. Aquí sí que se quiebra el libre albedrío para obedecer á la *Dictadora*.

— ¿Qué *Dictadora*? — hemos preguntado.

— La Naturaleza. Cuanto pensamos y sentimos puede traducirse en actos y determinaciones; pero siempre que no contraría sus leyes absolutas. Y hay una ley más grande, más augusta, más inmovible que todas, que hace que todos deseemos morir por los que llegan, perpetuar la cadena de nuestros dolores y transmitir la antorcha de la vida.

— *Quasi cursores lamparæ tradunt* — ha dicho gravemente el Barón.

— No — ha clamado con exaltación invencible. — El fuego, como el hombre, debe ser libre. No hay leyes, no hay instintos, no hay fuerzas que nos impidan hacer lo que queremos para llegar al

merecimiento ó la culpa. Sobre todas las leyes del mundo material están las del espíritu que piensa y quiere.

Octavia esta vez se ha puesto en pie. Ha llegado hasta su secreter y ha sacado de él un manuscrito abultado.

— Tome usted y lea, querido amigo — ha pronunciado con voz dulcísima. — Lea usted reposadamente. Es la historia de una mujer que se llama Octavia como yo. Después de terminada, reanudaremos nuestra polémica.

Hemos estrechado su mano nacarada, finísima, adornada de lindos hoyuelos, y hemos abandonado á Octavia.

Ved ahora el manuscrito.

■■■■■■■■■■